

Teorías que no funcionan

El estado de la cuestión

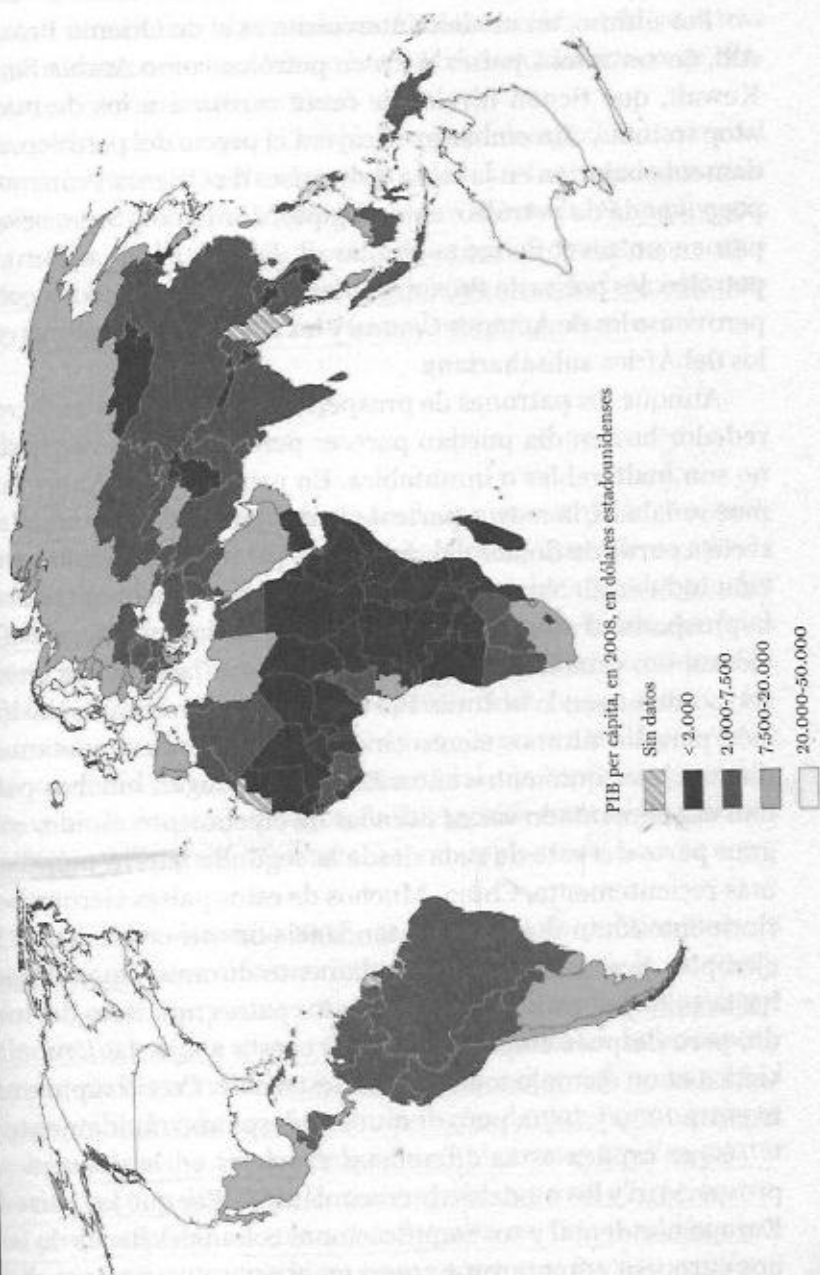
El objetivo de nuestro libro es explicar la desigualdad mundial y también algunos de los amplios modelos fácilmente visibles que anidan en su interior. El primer país que experimentó un crecimiento económico sostenido fue Inglaterra (o Gran Bretaña, como se conoce a la unión de Inglaterra, Gales y Escocia después de 1707). El crecimiento emergió lentamente en la segunda mitad del siglo XVIII con el desarrollo de la revolución industrial, que se basó en grandes avances tecnológicos y en su aplicación a la industria. La industrialización de Inglaterra pronto dio paso a la de la mayor parte de Europa occidental y Estados Unidos. La prosperidad inglesa también se expandió rápidamente a los «asentamientos de colonos» británicos de Canadá, Australia y Nueva Zelanda. En una lista de los treinta países más ricos actualmente, se incluirían éstos y Japón, Singapur y Corea del Sur. La prosperidad de estos tres últimos, a su vez, forma parte de un modelo más amplio en el que muchos países del este de Asia, incluidos Taiwán y más adelante China, han experimentado recientemente un rápido crecimiento.

La parte inferior de la distribución de la renta mundial dibuja una imagen tan marcada y distintiva como la parte superior. Si se hace una lista de los treinta países más pobres del mundo actualmente, se ve que casi todos se encuentran en el África subsahariana. Además, también aparecen otros como Afganistán, Haití y Nepal, que, aunque no estén en África, comparten algo crítico con los países africanos, como explicaremos más adelante. Si retrocediéramos cincuenta años, los países de la parte superior e inferior no cambiarían mucho. Singapur y Corea del Sur no estarían entre los más ricos, y habría varios cambios entre los treinta últimos, pero la imagen general sería notablemente parecida a la que vemos hoy en día. Si retrocediéramos cien años, o ciento cincuenta, encontraríamos prácticamente los mismos países en los mismos grupos.

En el mapa 3, se indica la situación en 2008. Los países que muestran el color más oscuro son los más pobres del mundo, con una renta media per cápita (denominada PIB, producto interior bruto, por los economistas) inferior a 2.000 dólares anuales. La mayor parte de África está pintada de este color, igual que Afganistán, Haití y partes del Sudeste asiático (por ejemplo, Camboya y Laos). Corea del Norte también se encuentra en este grupo. Los países en blanco son los más ricos, es decir, los que tienen una renta anual per cápita de 20.000 dólares o más. Aquí encontramos a los sospechosos habituales: Norteamérica, Europa occidental, Australasia y Japón.

Además, se puede percibir otro patrón interesante en América. Si se elabora una lista de los países del continente americano, del más rico al más pobre, se ve que los que aparecen en primer lugar son Estados Unidos y Canadá. A continuación, Chile, Argentina, Brasil, México y Uruguay, y quizá también Venezuela, en función del precio del petróleo. Luego aparecen Colombia, República Dominicana, Ecuador y Perú. Al final de la lista, otro grupo, mucho más pobre, que incluye a Bolivia, Guatemala y Paraguay. Si retrocedemos cincuenta años, veremos que la clasificación es idéntica. Cien años: lo mismo. Ciento cincuenta años: lo mismo otra vez. Por lo tanto, no es sólo que Estados Unidos y Canadá sean más ricos que América Latina, sino que existe una

La prosperidad en el mundo en 2008



brecha definitiva y persistente entre los países ricos y pobres dentro de América Latina.

Por último, un modelo interesante es el de Oriente Próximo. Allí, encontramos países ricos en petróleo como Arabia Saudí y Kuwait, que tienen niveles de renta cercanos a los de nuestro «top treinta». Sin embargo, si cayera el precio del petróleo, rápidamente bajarían en la tabla. Los países de Oriente Próximo con poco o nada de petróleo, como Egipto, Jordania y Siria, se agrupan en un nivel de renta similar al de Guatemala o Perú. Sin petróleo, los países de Próximo Oriente también son todos pobres, pero como los de América Central y los Andes, no tan pobres como los del África subsahariana.

Aunque los patrones de prosperidad que vemos a nuestro alrededor hoy en día puedan parecer persistentes, estos patrones no son inalterables o inmutables. En primer lugar, como ya hemos señalado, la mayor parte de la desigualdad del mundo apareció a partir de finales del siglo XVIII, poco después de la revolución industrial. No solamente había brechas mucho menores en la prosperidad a mediados del siglo XVIII, sino que las clasificaciones, tan estables, hasta entonces, no son las mismas cuando retrocedemos en la historia. Por ejemplo, en América, la clasificación para los últimos ciento cincuenta años era completamente distinta hace quinientos años. En segundo lugar, muchos países han experimentado varias décadas de crecimiento rápido, como gran parte del este de Asia desde la segunda guerra mundial y, más recientemente, China. Muchos de estos países vieron posteriormente cómo se invertía la tendencia de este crecimiento. Por ejemplo, Argentina creció rápidamente durante cinco décadas hasta 1920 y se convirtió en uno de los países más ricos del mundo, pero después empezó una larga cuesta abajo. La Unión Soviética es un ejemplo todavía más destacable. Creció rápidamente entre 1930 y 1970, pero después se desplomó rápidamente.

¿Qué explica estas diferencias cruciales en la pobreza y la prosperidad y los modelos de crecimiento? ¿Por qué los países de Europa occidental y sus ramificaciones coloniales llenas de colonos europeos empezaron a crecer en el siglo XIX, sin apenas mirar atrás? ¿Qué explica la clasificación persistente de la desigual-

no funciona para explicar pobreza

dad entre las distintas zonas de América? ¿Por qué los países de África subsahariana y Oriente Próximo no lograron el tipo de crecimiento económico observado en Europa occidental, mientras que gran parte del este asiático ha experimentado ritmos de crecimiento económico de vértigo?

Se podría pensar que el hecho de que la desigualdad mundial sea tan enorme y significativa y con modelos tan marcados que- rría decir que tiene una explicación bien aceptada. Sin embargo, no es así. La mayoría de las hipótesis que han propuesto los sociólogos para los orígenes de la pobreza y la prosperidad simplemente no funcionan y no explican convincentemente la situación.

La hipótesis geográfica

Una teoría ampliamente aceptada de las causas de la desigualdad mundial es la hipótesis de la geografía, que afirma que la gran brecha entre países ricos y pobres se debe a las diferencias geográficas. Muchos países pobres, como los de África, América Central y el sur de Asia, se encuentran entre los trópicos de Cáncer y Capricornio. En cambio, los países ricos suelen estar en latitudes templadas. Esta concentración geográfica de la pobreza y la prosperidad da un atractivo superficial a la hipótesis geográfica, que es el punto de partida de las teorías e ideas de muchos sociólogos y expertos. No obstante, no por eso está menos equivocada.

Ya a finales del siglo XVIII, el gran filósofo político francés Montesquieu observó la concentración geográfica de la prosperidad y la pobreza y propuso una explicación para ello. Afirmó que los habitantes de los climas tropicales tendían a ser holgazanes y a no ser nada curiosos. En consecuencia, no se esforzaban en el trabajo, ni innovaban, y ésa era la razón de que fueran pobres. También afirmaba que los individuos holgazanes tendían a estar gobernados por déspotas, lo que sugería que una ubicación tropical podía explicar no solamente la pobreza, sino también algunos de los fenómenos políticos asociados con el fracaso económico, como las dictaduras.

teoría determinista de Montesquieu

La teoría de que los países cálidos son intrínsecamente pobres, a pesar de contradecirse por el reciente y rápido avance económico de países como Singapur, Malasia y Botsuana, todavía es defendida enérgicamente por algunas voces, como la del economista Jeffrey Sachs. La versión moderna de esta idea hace énfasis no en los efectos directos del clima en el esfuerzo a la hora de trabajar o pensar, sino en dos argumentos adicionales: en primer lugar, que las enfermedades tropicales, sobre todo la malaria, tienen consecuencias muy adversas para la salud y, en consecuencia, para la productividad en el trabajo; en segundo lugar, que el suelo tropical no permite desarrollar una agricultura productiva. De todas formas, la conclusión es la misma: los climas templados tienen una ventaja relativa frente a las zonas tropicales y semitropicales.

Sin embargo, la desigualdad mundial no se puede explicar mediante climas o enfermedades, ni otras versiones de las hipótesis geográficas. Simplemente, pensemos en Nogales. Lo que separa a las dos partes no es el clima, la geografía ni las enfermedades medioambientales, sino la frontera entre Estados Unidos y México.

Si la hipótesis geográfica no puede explicar las diferencias entre el norte y el sur de Nogales, o Corea del Norte y del Sur, o entre las dos Alemanias antes de la caída del Muro de Berlín, ¿podría ser todavía una teoría útil para explicar las diferencias entre Norteamérica y Sudamérica? ¿O entre Europa y África? Sencillamente, no.

La historia ilustra que no existe una conexión sencilla ni duradera entre el clima o la geografía y el éxito económico. Por ejemplo, no es cierto que los trópicos siempre hayan sido más pobres que las latitudes templadas. Como vimos en el primer capítulo, en el momento de la conquista de América por parte de Cristóbal Colón, las zonas al sur del trópico de Cáncer y al norte del trópico de Capricornio, que hoy en día incluyen México, América Central, Perú y Bolivia, fueron los lugares en los que se desarrollaron las grandes civilizaciones azteca e inca. Aquellos imperios estaban centralizados políticamente y eran complejos, construyeron carreteras y eran capaces de aliviar las hambrunas.

Los aztecas tenían dinero y escritura, y los incas, a pesar de carecer de estos dos elementos clave, registraron una cantidad ingente de información en cuerdas con nudos llamadas quipus. En cambio, en la época de los aztecas y los incas, el norte y el sur de la zona habitada por estos dos pueblos, que actualmente incluye Estados Unidos, Canadá, Argentina y Chile, estaban habitados en su mayoría por civilizaciones en la edad de Piedra que carecían de aquellas tecnologías. Por lo tanto, los trópicos de América eran mucho más ricos que las zonas templadas, lo que sugiere que el «hecho obvio» de la pobreza tropical ni es obvio ni es un hecho. Al contrario, la mayor riqueza de Estados Unidos y Canadá representa un cambio radical respecto a lo que había allí cuando llegaron los europeos.

Este cambio radical, sin duda, no tuvo nada que ver con la geografía, sino que, como hemos visto, estuvo relacionado con la forma en la que aquellas zonas fueron colonizadas. Además, no se trata de un cambio limitado a las distintas zonas de América. Los pueblos del sur de Asia, sobre todo los del subcontinente indio y China, eran más prósperos que la mayoría de los pueblos de muchas otras partes de Asia y, sin duda, más que los de Australia y Nueva Zelanda. Aquello también sufrió un cambio brusco cuando Corea del Sur, Singapur y Japón aparecieron como los países más ricos de Asia, y Australia y Nueva Zelanda superaron a prácticamente toda Asia en lo que respecta a la prosperidad. Incluso en el África subsahariana hubo un cambio similar. Más recientemente, antes del inicio del intenso contacto europeo con África, la zona sur de África era la que tenía asentamientos más dispersos y estaba más lejos de lograr Estados desarrollados con algún tipo de control en su territorio. Sin embargo, ahora, Sudáfrica es uno de los países más prósperos del África subsahariana. Si retrocedemos más en la historia, veremos que hubo mucha prosperidad en los trópicos; algunas de las grandes civilizaciones premodernas, como la angkor en la Camboya moderna, la vijayanagara en el sur de la India y la aksum en Etiopía, florecieron en los trópicos, así como las grandes civilizaciones del valle del Indo de Mohenjo-Daro y Harappa en el Pakistán moderno. Por lo tanto, la historia deja pocas dudas

de que no existe una simple conexión entre una ubicación tropical y el éxito económico.

Evidentemente, las enfermedades tropicales causan mucho sufrimiento y altas tasas de mortalidad infantil en África, pero no son la razón de que este continente sea pobre. La enfermedad, en gran parte, es consecuencia de la pobreza y de que los gobiernos son incapaces o no tienen la voluntad de poner en marcha las medidas de atención sanitaria pública necesarias para erradicarlas. En el siglo XIX, Inglaterra también era un sitio muy poco saludable, pero el gobierno invirtió gradualmente en agua limpia, alcantarillado y tratamiento de las aguas residuales y, finalmente, en un servicio de salud efectivo. La mejora de la salud y de la esperanza de vida no eran la causa del éxito económico de Inglaterra, sino uno de los frutos de sus cambios políticos y económicos anteriores. Lo mismo sucede en el caso de Nogales (Arizona).

La otra parte de la hipótesis geográfica es que los trópicos son pobres porque la agricultura tropical es intrínsecamente improductiva. Según afirman, la tierra tropical es fina e incapaz de mantener los nutrientes, y dicen que esas tierras se erosionan rápidamente debido a las lluvias torrenciales. Sin duda, este argumento tiene cierto mérito, pero, como veremos, el determinante principal de por qué la productividad agrícola (la producción agrícola por unidad de superficie) es tan baja en muchos países pobres, sobre todo del África subsahariana, tiene poco que ver con la calidad de la tierra. De hecho, es consecuencia de la estructura de propiedad de la tierra y de los incentivos que el gobierno y las instituciones crean para los agricultores. También mostraremos que la desigualdad del mundo no se puede explicar por las diferencias en la productividad agrícola. La gran desigualdad del mundo moderno que apareció en el siglo XIX fue debida a la desigual distribución de las tecnologías industriales y la producción manufacturera, no a la divergencia en los resultados agrícolas.

Otra versión influyente de la hipótesis geográfica es la que avanza el ecologista y biólogo evolucionista Jared Diamond, quien defiende que el origen de la desigualdad intercontinental

+ Desigual distribución de tecnologías

CAUSA DE LA POBREZA Y DE ENFERMEDADES SIN VOLUNTAD DE ATENCIÓN PÚBLICA

SIGLO XIX

AGRICULTURA IMPRODUCTIVA

SECCION POR LLUVIAS

PROPIEDAD E INCENTIVOS DE GOBIERNO E INSTIT. AGRICULTORES

al principio del período moderno, hace quinientos años, radicó en las distintas dotaciones históricas de plantas y especies de animales que, posteriormente, influirían en la productividad agrícola. En algunos lugares, como el Creciente Fértil del moderno Oriente Próximo, había un gran número de especies que pudieron ser domesticadas por los humanos. En otros, como en el continente americano, no existían. Tener muchas especies que podían ser domesticadas hizo que la transición del estilo de vida de cazador-recolector al de agricultor fuera atractivo para aquellas sociedades. En consecuencia, la agricultura se desarrolló antes en el Creciente Fértil que en América. La densidad de la población aumentó, lo que permitió la especialización del trabajo, el comercio, la urbanización y el desarrollo político. Resulta significativo que, en lugares en los que dominaba la agricultura, la innovación tecnológica tuviera lugar con mucha más rapidez que en otras partes del mundo. Por lo tanto, según Diamond, la diferencia en la disponibilidad de animales y especies de plantas creó distintas intensidades de agricultura, lo que condujo a diferentes caminos de prosperidad y cambio tecnológico en los distintos continentes.

A pesar de que la tesis de Diamond es una aportación sólida al rompecabezas en el que se centra, no se puede generalizar para explicar la desigualdad mundial moderna. Por ejemplo, Diamond afirma que los españoles fueron capaces de dominar las civilizaciones de América por su amplio dominio de la agricultura y porque, por lo tanto, disponían de una tecnología superior. Pero ahora tenemos que explicar por qué los mexicanos y los peruanos que vivían en las antiguas tierras de los aztecas y los incas eran pobres. A pesar de que el acceso al trigo, la cebada y los caballos podría haber hecho a los españoles más ricos que a los incas, la brecha entre sus rentas no era muy grande. La renta media de un español era probablemente menos del doble que la de un ciudadano del Imperio inca. La tesis de Diamond implica que, una vez que los incas hubieran estado expuestos a todas las especies y tecnologías resultantes que no habían sido capaces de desarrollar por sí mismos, deberían haber alcanzado rápidamente el nivel de vida de los españoles. Sin embargo, no ocurrió

Tesis de Ecología + Biología

nada de esto. Al contrario, en los siglos XIX y XX, apareció una brecha mucho mayor en las rentas entre España y Perú. Actualmente, el español medio es más de seis veces más rico que el peruano medio. Esta brecha en las rentas está estrechamente relacionada con el reparto desigual de las tecnologías industriales modernas, pero no tiene mucho que ver con el potencial de domesticación de animales y plantas ni con las diferencias de productividad agrícola intrínseca entre España y Perú.

Mientras que España, aunque con cierto retraso, adoptó las tecnologías de la energía de vapor, el ferrocarril, la electricidad, la mecanización y la producción fabril, Perú no lo hizo, o, en el mejor de los casos, lo hizo de forma muy lenta e imperfecta. Esta brecha tecnológica persiste hoy en día y se reproduce a mayor escala a medida que las nuevas tecnologías, en particular las relacionadas con la tecnología de la información, impulsan un crecimiento mayor en muchos países desarrollados y en algunos de desarrollo rápido. La tesis de Diamond no nos dice por qué esas tecnologías cruciales no se difundieron e igualaron las rentas de todo el mundo, ni explica por qué la mitad norte de Nogales es mucho más rica que su gemela que está justo al sur de la valla, a pesar de que ambas formaran parte de la misma civilización hace quinientos años.

La historia de Nogales destaca otro problema crucial para adoptar la tesis de Diamond: como ya hemos visto, fueran cuales fuesen los inconvenientes de los imperios inca y azteca en 1532, Perú y México eran, sin duda, más prósperos que aquellas partes de América que se convertirían en Estados Unidos y Canadá. Norteamérica llegó a ser próspera precisamente porque adoptó con entusiasmo las tecnologías y los avances de la revolución industrial. La población recibió educación y el ferrocarril se extendió a través de las grandes llanuras en claro contraste con lo que sucedió en Sudamérica. Esto no se puede explicar en función de las distintas dotaciones geográficas del norte y el sur de América, que, en todo caso, habrían favorecido a Sudamérica.

La desigualdad del mundo moderno es, en gran medida, el resultado del reparto y la adopción desiguales de tecnologías, y la tesis de Diamond no incluye argumentos importantes sobre este

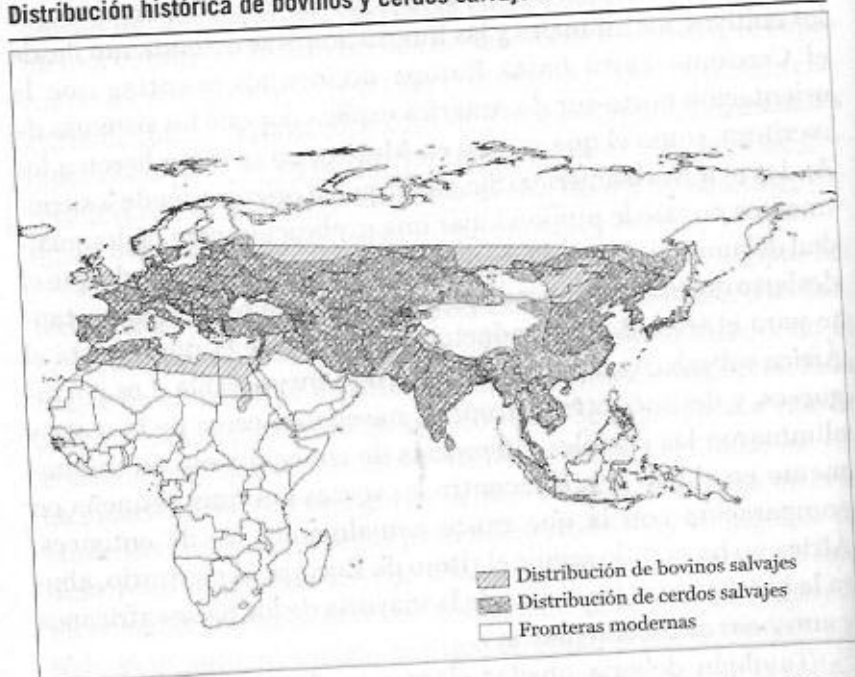
asunto. Por ejemplo, él afirma, siguiendo al historiador William McNeill, que la orientación este-oeste de Eurasia permitió que los cultivos, los animales y las innovaciones se extendieran desde el Creciente Fértil hasta Europa occidental, mientras que la orientación norte-sur de América explica por qué los sistemas de escritura, como el que se creó en México, no se extendieron a los Andes ni a Norteamérica. Sin embargo, la orientación de los continentes no puede proporcionar una explicación para la desigualdad del mundo actual. Veamos el caso de África. A pesar de que el desierto del Sáhara presentaba realmente una barrera importante para el traslado de productos e ideas desde el norte hasta el África subsahariana, no era una barrera insuperable. Los portugueses, y después otros europeos, navegaron cerca de la costa y eliminaron las posibles diferencias de conocimiento en un momento en el que la brecha entre las rentas era muy pequeña en comparación con la que existe actualmente. Desde entonces, África no ha podido seguir el ritmo de Europa; al contrario, ahora la brecha entre las rentas de la mayoría de los países africanos y europeos es mucho mayor.

También debería quedar claro que el argumento de Diamond, que trata de la desigualdad continental, no permite explicar la variación entre los continentes, parte esencial de la desigualdad del mundo moderno. Por ejemplo, aunque la orientación del territorio euroasiático podría explicar cómo consiguió Inglaterra beneficiarse de las innovaciones de Oriente Próximo sin tener que reinventarlas, no explica por qué la revolución industrial tuvo lugar en Inglaterra y no, por ejemplo, en Moldavia. Además, como indica el propio Diamond, China y la India se beneficiaron mucho de grupos muy ricos de animales y plantas y de la orientación de Eurasia. No obstante, la mayor parte de los pobres del mundo actual se encuentran en estos dos países.

De hecho, la mejor forma de ver el alcance de la tesis de Diamond es en términos de sus propias variables explicativas. El mapa 4 muestra datos sobre el reparto de *Sus scrofa*, el antepasado del cerdo moderno, y el uro, antepasado de la vaca moderna. Ambas especies estaban ampliamente repartidas a lo largo de Eurasia e incluso el Norte de África. El mapa 5 muestra la

MAPA 4

Distribución histórica de bovinos y cerdos salvajes

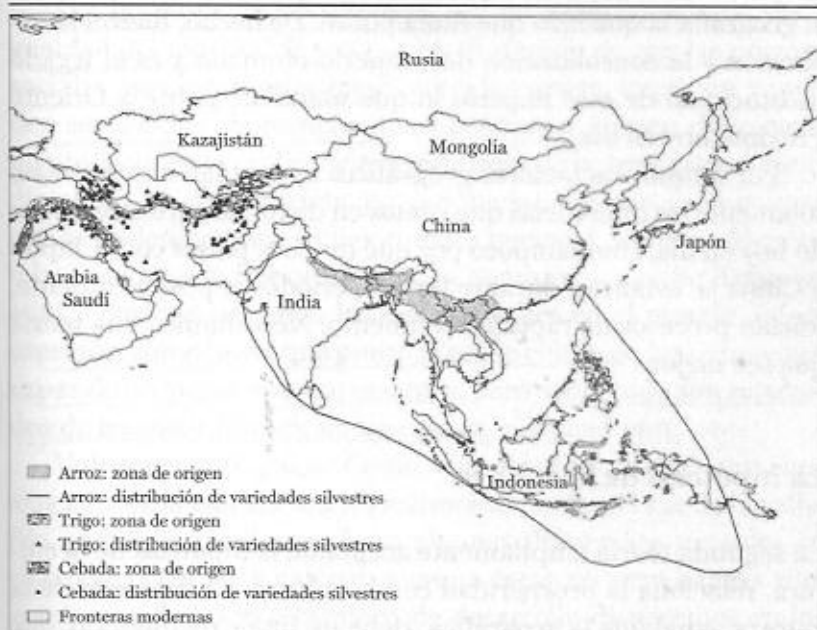


distribución de algunas de las variedades silvestres de cultivos domesticados modernos, como la *Oryza sativa*, antecesora del arroz cultivado asiático y las variedades primitivas del trigo y la cebada. Demuestra que la variedad silvestre del arroz estaba distribuida ampliamente en el sur y el Sudeste de Asia, mientras que las del trigo y la cebada estaban repartidas a través de un arco largo desde el Levante hasta Irán y Afganistán y el núcleo de los actuales Turkmenistán, Tayikistán y Kirguistán. Estas especies ancestrales están presentes en gran parte de Eurasia. Sin embargo, su amplia distribución sugiere que la desigualdad dentro de Eurasia no se puede explicar mediante una teoría basada en la frecuencia de las especies.

La hipótesis geográfica no solamente no ayuda a explicar el origen de la prosperidad a lo largo de la historia, sino que es en gran parte incorrecta en su énfasis y no es capaz de explicar la situación con la que empezamos este capítulo. Se podría pensar que cualquier modelo persistente, como la jerarquía de las rentas

MAPA 5

Distribución histórica del arroz, el trigo y la cebada silvestres



en América o las diferencias muy marcadas y de largo alcance entre Europa y Oriente Próximo, se puede explicar por una geografía inalterable. Sin embargo, no es así. Ya hemos visto que es bastante improbable que los modelos existentes en las Américas hayan sido impulsados por factores geográficos. Antes de 1492, fueron las civilizaciones del valle central de México, América Central y los Andes las que tenían una tecnología y un nivel de vida superiores a los de Norteamérica o lugares como Argentina y Chile. A pesar de que la geografía continuaba siendo la misma, las instituciones impuestas por los colonos europeos crearon un «revés de la fortuna». Además, también es poco probable que la geografía pueda explicar la pobreza de Oriente Próximo por razones similares. Al fin y al cabo, este territorio fue pionero mundial en la revolución neolítica y las primeras ciudades se desarrollaron en el Irak moderno. El hierro fue fundido por primera vez en Turquía y no fue hasta la Edad Media cuando Oriente Próximo fue tecnológicamente dinámico. No fue la geografía de este

territorio lo que hizo que la revolución neolítica floreciera en esa parte del mundo, como veremos en el capítulo 5, y tampoco fue la geografía la que hizo que fuera pobre. De hecho, fueron la expansión y la consolidación del Imperio otomano y es el legado institucional de este imperio lo que mantiene pobre a Oriente Próximo hoy en día.

Por último, los factores geográficos no ayudan a explicar no solamente las diferencias que vemos en distintas partes del mundo hoy en día, sino tampoco por qué muchos países como Japón o China se estancan durante largos períodos y, posteriormente, inician procesos de rápido crecimiento. Necesitamos una teoría que sea mejor.

La hipótesis de la cultura

La segunda teoría ampliamente aceptada, la hipótesis de la cultura, relaciona la prosperidad con la cultura. La hipótesis de la cultura, igual que la geográfica, tiene un linaje distinguido, que se remonta como mínimo al gran sociólogo alemán Max Weber, que defendía que la Reforma protestante y la ética protestante que estimuló tuvieron un papel clave a la hora de facilitar el ascenso de la sociedad industrial moderna en la Europa occidental. La hipótesis de la cultura ya no se basa solamente en la religión, sino que destaca también otros tipos de creencias, valores y ética.

A pesar de que no sea políticamente correcto decirlo en público, mucha gente todavía afirma que los africanos son pobres porque carecen de una buena ética del trabajo, todavía creen en la brujería y la magia y se resisten a las nuevas tecnologías occidentales. Muchos piensan también que América Latina nunca será rica porque sus habitantes son intrínsecamente derrochadores, carecen de medios económicos y sufren de la cultura «ibérica» o del «ya lo haré mañana». Evidentemente, muchos creyeron también una vez que la cultura china y los valores del confucianismo eran perjudiciales para el desarrollo económico, aunque ahora la importancia de la ética de trabajo china como

motor del crecimiento en China, Hong Kong y Singapur se pregona a los cuatro vientos.

¿La hipótesis de la cultura es útil para comprender la desigualdad del mundo? Sí y no. Sí, en el sentido de que las normas sociales, que están relacionadas con la cultura, importan y pueden ser difíciles de cambiar y, en ocasiones, apoyan diferencias institucionales, la explicación de este libro de la desigualdad mundial. Pero, en gran medida, no, porque los aspectos de la cultura que se suelen destacar (religión, ética nacional, valores africanos o latinos) no son importantes para comprender cómo llegamos aquí y por qué persisten las desigualdades en el mundo. Otros aspectos, como hasta qué punto la gente confía en los demás o es capaz de cooperar, son importantes, pero sobre todo son resultados de las instituciones, no una causa independiente.

Volvamos a Nogales. Como vimos anteriormente, muchos aspectos de la cultura son los mismos al norte y al sur de la valla. Sin embargo, puede que haya algunas diferencias notables en prácticas, normas y valores, aunque éstas no sean causas sino resultados de los dos caminos de desarrollo divergentes en los dos lugares. Por ejemplo, en las encuestas, los mexicanos suelen afirmar que confían en los demás menos de lo que dicen que confían en los demás los estadounidenses. Pero no es de extrañar que los mexicanos carezcan de confianza cuando su gobierno no puede eliminar los cárteles de la droga ni proporcionar un sistema legal imparcial que funcione. Lo mismo sucede con Corea del Norte y del Sur, como veremos en el capítulo siguiente. Corea del Sur es uno de los países más ricos del mundo, mientras que Corea del Norte lucha contra las hambrunas periódicas y la absoluta pobreza. A pesar de que la «cultura» es muy distinta entre el sur y el norte actualmente, no tuvo ningún papel a la hora de causar la distinta fortuna económica de estas dos mitades de la Península coreana. Este territorio tuvo un largo período de historia en común. Antes de la guerra de Corea y la posterior división en el paralelo 38, tenía una homogeneidad sin precedentes en lo que respecta a idioma, etnia y cultura. Igual que en el caso de Nogales, lo importante es la frontera. En el norte existe un régimen distinto, que impone instituciones diferentes y

crea incentivos distintos también. Por lo tanto, cualquier diferencia en la cultura al sur y al norte de la frontera que corta Nogales o Corea en dos no es una causa de las diferencias en la prosperidad, sino, más bien, una consecuencia.

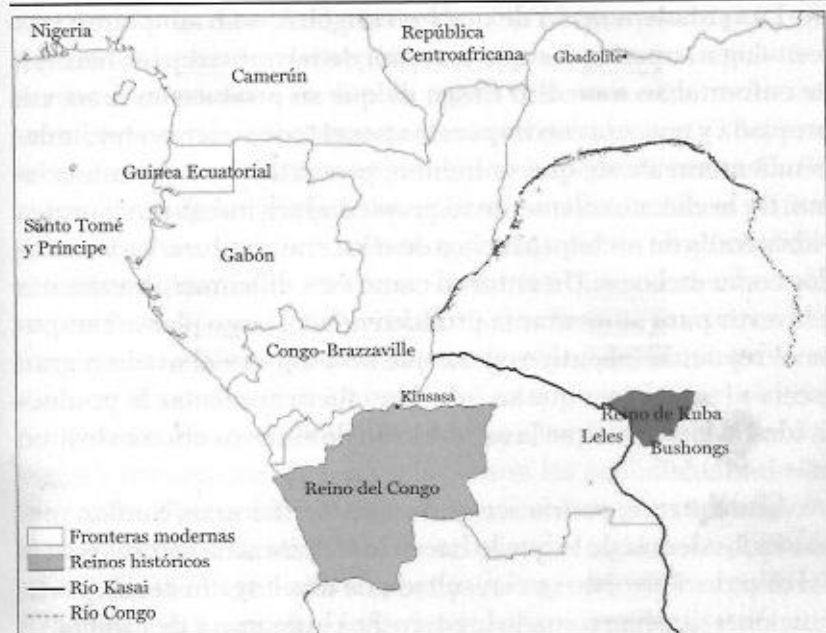
¿Y qué hay acerca de África y la cultura africana? Desde el punto de vista histórico, el África subsahariana era mucho más pobre que la mayoría de las otras partes del mundo y sus civilizaciones antiguas no desarrollaron la rueda, la escritura (excepto Etiopía y Somalia) ni el arado. A pesar de que estas tecnologías no se utilizaron ampliamente hasta la colonización formal europea a finales del siglo XIX y principios del XX, las sociedades africanas las conocían desde mucho antes. Los europeos empezaron a circunnavegar la costa occidental a finales del siglo XV y los asiáticos navegaban continuamente al este de África desde mucho antes.

Podemos entender por qué no se adoptaron estas tecnologías teniendo en cuenta la historia del reino del Congo en la desembocadura del río Congo, que ha dado nombre a la moderna República Democrática del Congo. En el mapa 6 se muestra dónde estaba el Congo junto a otro Estado africano central, el reino de Kuba, que comentaremos más adelante en este libro.

El Congo tuvo un contacto intenso con los portugueses después de la primera visita del marinero Diogo Cão en 1483. En aquel entonces, era un Estado altamente centralizado para los parámetros africanos. Su capital, Mbanza, tenía una población de 60.000 habitantes, aproximadamente del mismo tamaño que la capital portuguesa, Lisboa, y mucho más grande que Londres, que tenía alrededor de 50.000 habitantes en el año 1500. El rey del Congo, Nzinga a Nkuwu, se convirtió al catolicismo y adoptó el nombre de João I. Más adelante, Mbanza fue rebautizada como São Salvador. Gracias a los portugueses, los congoleños conocieron la rueda y el arado, y los portugueses incluso fomentaron su adopción con las misiones agrícolas de 1491 y 1512. Sin embargo, todas estas iniciativas fracasaron. Pero los congoleños no se mostraron contrarios a las tecnologías modernas en general, y adoptaron rápidamente una innovación occidental venerable: las armas de fuego. Utilizaron estas nuevas y poderosas he-

MAPA 6

Reino del Congo, reino de Kuba, los bushongs y los leles



ramientas para responder a los incentivos del mercado: capturar y exportar esclavos. No hay ninguna señal aquí de que los valores o la cultura africana impidieran la adopción de nuevas tecnologías y prácticas. A medida que profundizaban su contacto con los europeos, los congoleños adoptaron otras prácticas occidentales: alfabetización, estilos de vestir y diseños de casas. En el siglo XIX, muchas sociedades africanas también aprovecharon las oportunidades económicas crecientes creadas por la revolución industrial y cambiaron sus modelos de producción. En África occidental se produjo un rápido desarrollo económico basado en la exportación de aceite de palma y cacahuets; a través del sur de África, los africanos llevaron sus exportaciones a las zonas industriales y mineras del Rand que se expandían con rapidez en Sudáfrica. Sin embargo, estas experiencias económicas prometedoras fueron destruidas no por la cultura africana o por la incapacidad de los africanos corrientes de actuar en su propio interés, sino, primero, por el colonialismo europeo y, posteriormente, por los

gobiernos africanos que se instauraron después de la independencia.

La verdadera razón de que los congoleños no adoptaran una tecnología superior fue que carecían de incentivos para hacerlo. Se enfrentaban a un alto riesgo de que su producción fuera expropiada y gravada con impuestos por el todopoderoso rey, independientemente de que se hubiera convertido o no al catolicismo. De hecho, no solamente su propiedad era insegura, su propia vida pendía de un hilo. Muchos de ellos eran capturados y vendidos como esclavos. Un entorno como éste difícilmente animaría a invertir para aumentar la productividad a largo plazo. Tampoco el rey tenía incentivos para que se adoptara el arado a gran escala ni para hacer que su prioridad fuera aumentar la productividad agrícola, ya que la exportación de esclavos era muchísimo más rentable.

Actualmente, podría ser cierto que los africanos confían menos en los demás de lo que lo hacen los habitantes de otras partes del mundo. Pero esto es el resultado de una larga historia de instituciones que han minado los derechos humanos y de propiedad en África. Sin duda, la posibilidad de ser capturado y vendido como esclavo influyó en la falta de confianza histórica de los africanos en los demás.

¿Y la ética protestante de Max Weber? Aunque pueda ser verdad que los países predominantemente protestantes, como los Países Bajos e Inglaterra, fueron los primeros con éxitos económicos de la era moderna, hay poca relación entre la religión y el éxito económico. Francia, país predominantemente católico, copió rápidamente los resultados económicos de los holandeses y los ingleses en el siglo XIX e Italia es tan próspera como cualquiera de esos países hoy en día. Si miramos más hacia el este, veremos que ninguno de los éxitos económicos del este de Asia tiene nada que ver con ningún tipo de religión cristiana, así que no hay muchos argumentos que apoyen la existencia de una relación especial entre el protestantismo y el éxito económico en este aspecto.

Volvamos a una zona favorita para los entusiastas de la hipótesis de la cultura: Oriente Próximo. Los países de Oriente Próxi-

mo son principalmente islámicos, y, de ellos, los que no son productores de petróleo son muy pobres, como hemos señalado anteriormente. Los productores de petróleo son ricos, pero esa riqueza caída del cielo tiene poco que ver con crear economías modernas diversificadas en Arabia Saudí o Kuwait. ¿No muestran estos hechos convincentemente que la religión importa? A pesar de que sea plausible, este argumento tampoco es acertado. Sí, países como Siria y Egipto son pobres, y su población es principalmente musulmana. Sin embargo, estos países también difieren sistemáticamente en otros elementos que son mucho más importantes para la prosperidad. Todos fueron provincias del Imperio otomano, que perfiló con fuerza y de forma adversa cómo se desarrollarían. Después del colapso del control otomano, Oriente Próximo fue absorbido por los imperios coloniales inglés y francés que, de nuevo, limitaron las posibilidades de estos países. Tras la independencia, siguieron en gran medida con el mundo colonial anterior, desarrollando regímenes políticos jerárquicos y autoritarios con pocas de las instituciones políticas y económicas que, como defenderemos, son cruciales para generar éxito económico. Este camino de desarrollo fue forjado en gran medida por la historia del dominio otomano y europeo. En general, la relación entre la religión islámica y la pobreza en Oriente Próximo carece de validez.

El papel de estos acontecimientos históricos, más que los factores culturales, a la hora de perfilar la trayectoria económica de Oriente Próximo, también se ve en el hecho de que las partes de Oriente Próximo que temporalmente se separaron del control del Imperio otomano y las potencias europeas, como Egipto entre 1805 y 1848 bajo el dominio de Muhammad Alí, podían embarcarse en un camino de rápido cambio económico. Muhammad Alí usurpó el poder tras la retirada de las fuerzas francesas que habían ocupado Egipto bajo el mando de Napoleón Bonaparte. Mediante la explotación de los puntos débiles del dominio otomano en territorio egipcio en aquel momento, pudo fundar su propia dinastía, que, de una forma u otra, tuvo el control hasta la Revolución egipcia comandada por Nasser en 1952. Las reformas de Muhammad Alí, a pesar de ser coercitivas, ayudaron

al desarrollo de Egipto ya que modernizaron la burocracia estatal, el ejército y el sistema impositivo, y hubo un desarrollo de la agricultura y la industria. Sin embargo, este proceso de modernización y crecimiento acabó tras la muerte de Alí, cuando Egipto cayó bajo la influencia europea.

Pero quizá sea una forma equivocada de pensar en la cultura. Tal vez los factores culturales que importan no estén relacionados con la religión, sino más concretamente con «culturas nacionales». ¿Podría ser la influencia de la cultura inglesa lo que importa y explica por qué países como Estados Unidos, Canadá y Australia son tan prósperos? A pesar de que esta idea pueda sonar atractiva inicialmente, tampoco funciona. Sí, Canadá y Estados Unidos fueron colonias inglesas, pero también lo fueron Sierra Leona y Nigeria. La variación en términos de prosperidad entre las antiguas colonias inglesas es tan grande como en todo el mundo. El legado inglés no es la razón del éxito de Norteamérica.

No obstante, existe una versión más de la hipótesis de la cultura: quizá no sea lo inglés frente a lo no inglés lo que importa, sino lo europeo frente a lo no europeo. ¿Cabría la posibilidad de que los europeos fueran superiores de alguna forma debido a su ética de trabajo, visión de la vida, valores judeocristianos o legado romano? Es cierto que Europa occidental y Norteamérica, con población mayoritariamente de origen europeo, son las partes más prósperas del mundo. Quizá el legado cultural europeo superior sea la base de la prosperidad (y el último refugio de la hipótesis de la cultura). Sin embargo, esta versión de la hipótesis de la cultura tiene tan poco potencial explicativo como las demás. La mayor parte de la población argentina y uruguaya, en comparación con la canadiense y estadounidense, es de ascendencia europea, pero el resultado económico de Argentina y Uruguay deja bastante que desear. Japón y Singapur nunca tuvieron más que unos pocos habitantes de ascendencia europea y, no obstante, son países tan prósperos como muchas partes de Europa occidental.

China, a pesar de las muchas imperfecciones de su sistema político y económico, ha sido el país con un crecimiento más rá-

pido de los últimos treinta años. La pobreza china hasta la muerte de Mao Zedong no tiene nada que ver con la cultura del país, sino que se debió a la desastrosa organización de la economía y a cómo llevó a cabo Mao sus políticas. En los años cincuenta, impulsó el Gran Salto Adelante, una política de industrialización llevada a rajatabla que condujo a la hambruna y la muerte por inanición. A partir de 1960, difundió la Revolución cultural, que condujo a la persecución en masa de intelectuales y personas con estudios (de cualquiera cuya lealtad al partido fuera dudosa). Aquello volvió a conducir al terror y a un gran desperdicio del talento y los recursos de la sociedad. Del mismo modo, el desarrollo actual de este país no tiene nada que ver con los valores o los cambios en la cultura china, sino que es el resultado de un proceso de transformación económica desencadenado por las reformas implantadas por Deng Xiaoping y sus aliados, quienes, tras la muerte de Mao Zedong, abandonaron gradualmente las instituciones y políticas económicas socialistas, primero en la agricultura y después en la industria.

Igual que sucede con la hipótesis geográfica, la hipótesis de la cultura no ayuda a explicar otros aspectos de la situación actual. Evidentemente, existen diferencias en cuanto a creencias, actitudes culturales y valores entre Estados Unidos y América Latina, pero igual que las que existen entre Nogales (Arizona) y Nogales (Sonora) o entre Corea del Sur y Corea del Norte, estas diferencias son la consecuencia de las distintas instituciones e historias institucionales de los dos lugares. Los factores culturales que hacen hincapié en cómo la cultura «hispanica» o «latina» moldeó el imperio español no pueden explicar las diferencias entre los países de América Latina, por ejemplo, por qué Argentina y Chile son más prósperos que Perú y Bolivia. Otros tipos de argumentos culturales, como los que destacan la cultura indígena contemporánea, tampoco funcionan. Argentina y Chile tienen pocos indígenas en comparación con Perú y Bolivia. A pesar de ello, la cultura indígena como explicación tampoco funciona. Colombia, Ecuador y Perú tienen niveles de renta similares, pero Colombia tiene muy pocos indígenas actualmente, mientras que Ecuador y Perú tienen muchos. Por último, las actitudes culturales, que, en general, tar-

dan mucho en cambiar, es poco probable que puedan explicar por sí solas el milagroso desarrollo del este de Asia y China. A pesar de que las instituciones sean persistentes, en ciertas circunstancias cambian realmente rápido, como veremos.

La hipótesis de la ignorancia

La última teoría popular para explicar por qué algunos países son pobres y otros ricos es la hipótesis de la ignorancia, que afirma que la desigualdad del mundo existe porque nosotros o nuestros gobernantes no sabemos cómo hacer que un país pobre sea rico. Esta idea es la que defienden la mayoría de los economistas, que siguen el ejemplo de la famosa definición del economista inglés Lionel Robbins, que en 1935 afirmó que «la economía es una ciencia que estudia el comportamiento humano como relación entre fines y medios escasos que tienen usos alternativos».

Por lo tanto, es un pequeño paso concluir que la ciencia económica debería centrarse en el mejor uso de los medios escasos para satisfacer los fines sociales. De hecho, el resultado teórico más famoso en economía, el denominado primer teorema del bienestar, identifica las circunstancias bajo las cuales la asignación de recursos en una «economía de mercado» es socialmente deseable desde el punto de vista económico. Una economía de mercado es una abstracción que tiene por objetivo capturar una situación en la que todos los individuos y empresas puedan producir, comprar y vender libremente cualquier producto o servicio que deseen. Cuando estas circunstancias no están presentes, existe un «fallo de mercado». Dichos fallos proporcionan la base para una teoría de la desigualdad del mundo, ya que, cuantos más fallos del mercado dejen de abordarse, más probable es que el país se empobrezca. La hipótesis de la ignorancia afirma que los países pobres lo son porque tienen muchos fallos de mercado y porque los economistas y los diseñadores de políticas no saben cómo eliminarlos y han hecho caso de consejos equivocados en el pasado. Los países ricos son ricos porque han aplicado mejores políticas y han eliminado con éxito esos fallos.

92
7x23

¿Podría la hipótesis de la ignorancia explicar la desigualdad del mundo? ¿Podría ser que los países africanos sean más pobres que el resto del mundo porque sus líderes tienden a tener las mismas ideas equivocadas sobre cómo dirigir sus países, lo que conduce a la pobreza allí, mientras que los líderes de la Europa occidental están mejor informados o asesorados, lo que explica su éxito relativo? Aunque existan ejemplos famosos de líderes que adoptaron políticas desastrosas porque se equivocaron sobre las consecuencias de dichas políticas, la ignorancia puede explicar, en el mejor de los casos, una pequeña parte de la desigualdad del mundo.

A primera vista, el declive económico sostenido que pronto se extendió en Ghana después de la independencia de Gran Bretaña fue causado por la ignorancia. El economista británico Tony Killick, que entonces trabajaba como asesor para el gobierno de Kwame Nkrumah, tomó nota de muchos de los problemas con gran detalle. Las políticas de Nkrumah se centraban en desarrollar la industria estatal, que resultó ser muy ineficiente. Killick recordaba:

La fábrica de calzado... que habría conectado la fábrica de carne del norte a través del transporte del cuero con el sur (a una distancia de más de 800 kilómetros) a una curtiduría (ahora, abandonada); las pieles tenían que volver a la fábrica de calzado de Kumasi, en el centro del país y a unos 320 kilómetros al norte de la curtiduría. Como el mercado de calzado principal está en el área metropolitana de Acra, los zapatos tendrían que transportarse otros 320 kilómetros al sur.

Killick señala sutilmente que era una empresa «cuya viabilidad fue minada por el emplazamiento inadecuado». La fábrica de calzado fue uno de los muchos proyectos de este tipo, como el de la planta de enlatado de mangos situada en una parte de Ghana en la que no se cultivaban mangos y cuya producción iba a ser superior a la demanda mundial del producto. Este flujo ilimitado de proyectos irracionales desde el punto de vista económico no era debido al hecho de que Nkrumah o sus asesores estuvieran

mal informados o ignoraran las políticas económicas adecuadas. Contaban con personas como Killick e incluso habían sido asesorados por el premio Nobel sir Arthur Lewis, que sabía que aquellas políticas no eran buenas. Lo que impulsó la forma que adoptaron las políticas económicas fue el hecho de que Nkrumah necesitaba utilizarlas para comprar apoyo político y mantener su régimen antidemocrático.

Ni el rendimiento decepcionante de Ghana tras la independencia ni los innumerables casos de aparente mala gestión económica se pueden atribuir a la ignorancia. Al fin y al cabo, si el problema fuera la ignorancia, los líderes bienintencionados aprenderían rápidamente qué tipos de políticas son las que aumentarían la renta y el bienestar de sus ciudadanos y tenderían a implantarlas.

Veamos los caminos divergentes de Estados Unidos y México. Culpar de la disparidad a la ignorancia de los líderes de los dos países es, en el mejor de los casos, altamente inverosímil. No fueron las divergencias de conocimiento o de intenciones entre John Smith y Cortés lo que sentó las bases de la disparidad durante el período colonial, y no fueron las diferencias en cuanto a conocimientos entre los presidentes estadounidenses posteriores, como Teddy Roosevelt o Woodrow Wilson y Porfirio Díaz lo que hizo que México eligiera instituciones económicas que enriquecían a las élites a costa del resto de la sociedad a finales del siglo XIX y comienzos del XX, mientras que Roosevelt y Wilson hacían lo contrario. Fueron las diferencias en los límites institucionales a los que se enfrentaban los presidentes y las élites de ambos países. Un caso parecido es el de los líderes de los países africanos que han languidecido durante el último medio siglo bajo instituciones económicas y derechos de propiedad inseguros, que han empobrecido a gran parte de su población. Estos líderes no dejaron que pasara esto porque pensaran que fuera una buena economía; lo hicieron porque podían hacerlo y salir indemnes y enriquecerse a costa de los demás, o porque pensaban que era una buena política, una forma de mantenerse en el poder comprando el apoyo de grupos o élites cruciales.

La experiencia del primer ministro de Ghana en 1971, Kofi

Abrefa Busia, ilustra lo errónea que puede ser la hipótesis de la ignorancia. Busia se enfrentaba a una peligrosa crisis económica. Tras hacerse con el poder en 1969, él, igual que Nkrumah antes que él, siguió políticas económicas expansionistas y mantuvo varios controles de precios a través de juntas de comercialización y un tipo de cambio sobrevalorado. A pesar de que Busia había sido adversario de Nkrumah, y dirigía un gobierno democrático, se enfrentaba a muchos de los mismos límites políticos. Igual que con Nkrumah, sus políticas económicas no se adoptaron porque fuera «ignorante» y creyera que aquellas políticas fueran buena economía o una forma ideal para desarrollar el país. Las eligió porque eran buenas políticas y permitían que Busia transfiriera recursos a grupos políticamente poderosos, por ejemplo, en áreas urbanas, a los que debía mantener contentos. Los controles de precios exprimían la agricultura para dar comida barata a los distritos urbanos y generar ingresos para financiar el gasto del gobierno. Sin embargo, aquellos controles eran insostenibles. Ghana pronto empezó a sufrir una serie de crisis de la balanza de pagos y escasez de divisas. Frente a estos dilemas, el 27 de diciembre de 1971, Busia firmó un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional que incluía una devaluación masiva de la moneda.

El FMI, el Banco Mundial y toda la comunidad internacional presionaron a Busia para que implantara las reformas del acuerdo. Pero a pesar de que las instituciones internacionales permanecían en una feliz ignorancia, Busia sabía que estaba haciendo una gran apuesta política. La consecuencia inmediata de la devaluación de la moneda fueron disturbios y descontento en Acra, la capital de Ghana, que aumentaron incontrolablemente hasta que Busia fue derrocado por los militares, dirigidos por el teniente coronel Acheampong, que invirtió la devaluación de inmediato.

La hipótesis de la ignorancia difiere de las hipótesis de la geografía y la cultura en que aporta una sugerencia fácil sobre cómo «resolver» el problema de la pobreza. Si la ignorancia nos ha llevado hasta aquí, los gobernantes y los diseñadores de políticas ilustrados e informados nos pueden sacar del atolladero. Deberíamos ser capaces de crear prosperidad proporcionando el asesoramiento adecuado y convenciendo a los políticos de lo que es

una buena economía. Sin embargo, la experiencia de Busia hace hincapié en que el obstáculo principal para la adopción de políticas que reducirían los fallos del mercado y fomentarían el crecimiento económico no es la ignorancia de los políticos, sino los incentivos y los límites a los que se enfrentan desde las instituciones políticas y económicas de sus sociedades.

A pesar de que la hipótesis de la ignorancia todavía impera entre la mayoría de los economistas y en los círculos de elaboración de políticas occidentales (lo que, casi excluyendo a cualquier otra cosa, se centra en cómo crear prosperidad) es solamente otra hipótesis que no funciona. No explica ni los orígenes de la prosperidad en el mundo ni la situación a nuestro alrededor. Por ejemplo, por qué algunos países, como México y Perú, pero no Estados Unidos o Inglaterra, adoptaron instituciones y políticas que empobrecerían a la mayor parte de sus ciudadanos o por qué casi toda el África subsahariana y la mayor parte de América Central son mucho más pobres que Europa occidental o el este de Asia.

Quando los países escapan de modelos institucionales que los condenan a la pobreza y consiguen iniciar un camino hacia el crecimiento económico, no es porque sus líderes ignorantes de repente estén mejor informados o sean menos egoístas o porque hayan sido asesorados por mejores economistas. China, por ejemplo, es uno de los países que cambió las políticas económicas que condenaron a la pobreza y el hambre a millones de personas por políticas que fomentaban el crecimiento económico. No obstante, como analizaremos con más detalle más adelante, esto no sucedió porque el Partido Comunista Chino finalmente entendiera que la propiedad colectiva de la tierra agrícola y la industria creaba incentivos económicos terribles, sino porque Deng Xiaoping y sus aliados, que no eran menos egoístas que sus rivales pero tenían objetivos políticos e intereses distintos, derrotaron a sus poderosos oponentes del Partido Comunista y planearon una especie de revolución política que cambiaría radicalmente el liderazgo y la dirección del partido. Sus reformas económicas, que crearon incentivos de mercado en la agricultura y, posteriormente, en la industria, siguieron a aquella revolución política. Fue la política lo que determinó que se pasara del comunismo a los incentivos

de mercado de China, no la mejora del asesoramiento ni de la comprensión de cómo funciona la economía.

Defenderemos la idea de que, para comprender la desigualdad del mundo, tenemos que entender por qué algunas sociedades están organizadas de una forma muy ineficiente y socialmente indeseable. Algunos países consiguen adoptar instituciones eficientes y alcanzan la prosperidad, pero, por desgracia, son un número reducido de casos. La mayoría de los economistas y los encargados de formular políticas se han centrado en «hacerlo bien», mientras que lo que se necesita realmente es una explicación de por qué los países pobres «lo hicieron mal». En general, su situación no se debe a su ignorancia ni a su cultura. Como mostraremos, los países pobres lo son porque quienes tienen el poder toman decisiones que crean pobreza. No lo hacen bien, no porque se equivoquen o por su ignorancia, sino a propósito. Para comprenderlo, tenemos que ir más allá de la economía y el asesoramiento experto sobre lo mejor que se puede hacer y, en su lugar, debemos estudiar cómo se toman realmente las decisiones, quién las toma y por qué estas personas deciden hacer lo que hacen. Este es el estudio de la política y los procesos políticos. Tradicionalmente, la economía ha ignorado la política, pero la comprensión de la política resulta esencial para explicar la desigualdad del mundo. Tal y como señaló el economista Abba Lerner en la década de 1970: «La economía ha ganado el título de reina de las ciencias sociales eligiendo como campo los problemas políticos resueltos».

Defenderemos la idea de que lograr la prosperidad depende de la resolución de algunos problemas políticos básicos. Y es precisamente porque la economía ha asumido que los problemas políticos están resueltos por lo que no ha sido capaz de aportar una explicación convincente de la desigualdad mundial. Para explicar la desigualdad mundial, todavía es necesario que la economía comprenda que los distintos tipos de Estados y acuerdos sociales afectan a los incentivos y a los comportamientos económicos. Pero también es necesaria la política.

Toma de decisiones que crean pobreza

¿?

o/c

Prosp. Pol.